



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 36.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de Bonaire, 38, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 3 Setiembre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Rafael Blasco.
— **Viaje á la Marina y regiones orográficas del Aitana**, por D. Vicente Boix, (continuación). — Estudios sobre la literatura portuguesa, por D. Rafael Ferrer y Bigné. — Los Carvajales. — César Borgia. — Estudios históricos: Las pasiones de un gran rey, por D. Salvador M. de Fábregues. — El caballo blanco, por D. Dámaso Delgado Lopez. — A los Vascongados (poesía), por D. M. Carrillo de Albornoz. — Nuestro amor (poesía), por D. José R. Garnelo. — Caprichos del sentimiento: Novela original por D. Jacinto Labaila, (continuación). — Solución al salto del caballo.

Láminas. Los Carvajales. — Retrato de César Borgia.

REVISTA DE LA SEMANA.

Quando en una semana no ocurre nada que digno de contar sea, ¿cómo se escribe la revista de esa semana? En tal apuro me encuentro yo: en la semana que acaba de transcurrir no han ocurrido sucesos dignos de recuerdo ó al menos no han llegado á mi noticia.

Recorrer los países extraños y dar cuenta de que el emperador de la China se ha tomado treinta tazas de té, es provocar una polémica, sobre si el té era perla ó negro, y no tengo, á la verdad, los mayores deseos de tomar un disgusto.

Entrar en España, sería tanto como dedicarme á la política, cosa que está prohibida en las columnas de este periódico y que podría valerme un palo literario del señor fiscal de imprenta.

Reducirme á Valencia, ¡santo Dios! sería volver locos á los suscritores, porque aquí tenemos cólera y nos divertimos al mismo tiempo, según dicen; se muere la gente y llega un curandero y la resucita, y hay lágrimas y no las hay y perdemos la esperanza y nos sonríe esa señora poniendo una cara angelical, como las de muchas niñas que yo conozco.

No puedo escribir, por lo tanto, una revista de la semana, pero debo escribirla.

¿Cómo? ya encontré el medio; escribiré no una revista de la semana anterior sino una revista de todas las semanas, una revista perpétua que podrá reimprimir el director del Museo siempre que lleguen ocasiones parecidas á la actual.

Porque en la semana que acaba de transcurrir habrán ustedes notado que D. Toribio Salomon, que no tiene nada de su apellido, puesto que á pesar de haber ido á la escuela desde la edad de cinco años hasta la de diez y seis, apenas si sabe leer y escribir, y en el instituto de segunda enseñanza fue reprobado tres años que intentó estudiar, habrán ustedes notado, repito, que ha alcanzado un pingüe destino para cuyo desempeño se requiere una capacidad que no tiene. ¿Por qué se ha agraciado á ese Salomon con una plaza inmerecida? ¿Por qué se ha cometido una injusticia? Sábelo Dios. Hay quien dice que por ser pariente de un hermano del barbero de

un señor de muchas campanillas y mucha influencia, hay quien sospecha que por tener una dilatadísima parentela, que reúne cincuenta votos, hay en fin malas lenguas que hablan de su esposa y describen su cara que es bonita y graciosa y.... pero no hagamos mención de semejantes calumnias.

Y ya que hemos nombrado á su esposa, ¿han visto ustedes qué orgullo y qué petulancia respira por todos cuatro costados? Pues hace tres meses no era así; hace tres meses se presentaba en público con la mayor modestia y no levantaba los ojos del suelo, sin duda porque no abundaban los recursos. ¡Y qué mal sientan esos cambios radicales y siempre en el peor sentido! No faltan amigas tuyas que hablan de esta manera: ¡Cómo se ha envanecido esa muchacha! ya se ve; ¡la que no ha tenido principios! ¡si ella ha sido una modistilla hasta hace cuatro días! Por supuesto, que yo no hago caso de las habladurías de esas amigas, que son unas murmuradoras y están devoradas por la envidia.

Miren ustedes, ahora vuelve la esquina D. Simplicio; ¡qué demudado está, qué raído su traje! ¿Ha tenido alguna desgracia? Sí, se ha arruinado, no en empresas comerciales, que esto es digno de respeto, sino delante de un tapete verde. En una noche perdió su fortuna y la de sus hijos, ayer era un hombre independiente, hoy vive á espensas de la caridad de sus amigos.

¡Diantre, qué cuadro tan triste! Volvamos á otra parte los ojos. Allá va Carlitos, el elegante pollo que tanto se distingue en la buena sociedad. Monta á caballo á la inglesa,

habla en francés, canta en italiano y discurre en chino; se bate por un quitame allá esas pajas, pero de los tres desafíos que ha tenido, han terminado en la fonda.... los tres, por cuya razón ha adquirido gran fama de espadachín; no respeta á los ancianos, asegura que está hastiado de placeres y se dedica á cultivar las escentricidades, en vez de cultivar melones, que sería mas productivo y mas útil. Ahora corre porque tiene una cita, pues él, según dice á cada instante, no corre sino con este motivo, y como siempre va corriendo por las calles.... saquen ustedes la consecuencia de su petulancia y de su fatuidad.

Pero aquí llega Rosita, la simpática Rosita, tan hermosa como discreta, huérfana, sin bienes de fortuna y siempre elegante y risueña. ¿De dónde sale el dinero que emplea en blondas y terciopelos? La pobrecita borda desde la mañana hasta la noche, que no sé como no se queda ciega, y no me vengan ustedes diciendo que bordando no gana una mujer para agua de nieve y que Rosita tiene un protector que la quiere mucho y la cuida y la mima, que eso podrá ser verdad, pero no debemos creerlo, aunque solo sea por el buen parecer.

Oigamos al barbero de la esquina: acaba de dejar la guitarra y mientras descaña á un parroquiano, arregla el mundo entero con la mayor frescura. El gobierno no sabe donde tiene su mano derecha, las autoridades, todas las autoridades son ignorantes, estúpidas, y por eso no habrá paz ni tranquilidad, ni dinero en el país. Si él pudiera dejar las navajas y mandar en España una semana nada mas, no tendría la Península nada que envidiar al paraíso. El parroquiano, que es un tendero de especias, al contestar al barbero, truena contra los abogados, porque acaba de perder un pleito y los acusa de enredadores, de chismosos y sobre todo de ignorantes. Un jurisperito que se halla presente tercia en la cuestión y para defender la clase ataca á los médicos y les llama visionarios y materialistas y no deja de echarles en cara su ignorancia. Un médico replica entonces que no hay nada mas absurdo en cuanto baña el sol que la existencia de los escribanos que son los depositarios de la fe pública, como podrían serlo de una caja de píldoras de Holloway. El barbero resume la discusión probando que la sociedad está desquiciada y que todo anda mal, y sobre todo acusando de nuevo al gobierno porque no pone remedio á tantos males, siendo así que debía obligar á su casero á que le baje el alquiler de la tienda, y al zapatero á que le venda baratas las babuchas, y al panadero á que le suprima dos cuartos en libra, y al sastre á que no se quede con el paño, y debía además regarle la acera todos los días, y pintarle la puerta del establecimiento y hacer callar á un perro que ladra de noche y no le deja pegar los ojos.

Adviertan ustedes que en la tienda del barbero todos hablan de lo que no entienden; pues esa es la sociedad en general, todos se ocupan de lo que no entienden y casi siempre de lo que no les importa.

Esto ha sucedido, poco mas ó menos, la semana anterior y sucederá en las que vendrán hasta el fin de los siglos, porque el hombre siempre ha sido y será el mismo y las mismas pasiones, los mismos vicios, las mismas cualidades buenas y malas que tuvo ayer, las tiene hoy y las tendrá mañana.

R. BLASCO.

VIAJE Á LA MARINA

Y REGIONES OROGRÁFICAS DEL AITANA.

(Continuacion.)

Con sentimiento universal, volvimos á aparejar y emprendimos el descenso. Yo me

resolví á verificarlo á pié. Es una senda estrecha, pedregosa y rápida, y que, á pesar de mi ligereza, nos costó mas de una hora de recorrer. Era muy cerca de medio día cuando llegamos á las orillas del Algar. Inundado de sudor, polvoroso, mareado por el calor y la fatiga, abrasado de sed, me detuve un momento, mientras esperaba las caballerías, contemplando aquel pequeño río, trasparente, exhalando frescura y que se precipitaba sobre un lecho de blancos guijarros, convidando á beber sus aguas cristalinas. Sus márgenes están ocultas por frondosos árboles, que proyectan una sombra deliciosa; y yo me apresuré á esguazarlo, caballero en un mulo buen mozo, para penetrar cuanto antes en un bosque de limoneros antiquísimos, populosos, cargados de fruto y que ofrecen bajo sus enredadas copas un asiento de cespéd, que no recibe jamás el ardiente beso del sol. Aquella frescura, aquel río que cruza el bosque, aquellos frutos, las casitas de los que custodian este pequeño edén, la amabilidad de sus habitantes, la necesidad de un momento de descanso y de calmar la sed, que nos devoraba, hasta el ruido monótono de un molino inmediato, impelido por el agua que caía despues al río, formando una armoniosa cascada, todo este conjunto en fin embriagó deliciosamente mis sentidos y me sentí transportado á un paisaje, descrito por los poetas orientales. Poco tiempo antes habia estado en esta bellísima soledad el admirable orador Emilio Castelar, cuyos pasos fui yo siguiendo desde este punto: si él lo describe alguna vez, no lo volvais á leer en esta leyenda. Seria tanto como si yo osara aconsejar que se olvidase á Virgilio, cantando sus Geórgicas, para que el lector se fijase en mis pá-lidas descripciones.

Bebimos, pues, abundantemente, y en seguida nos entregamos al reposo, para ses-tear, si se me permite la frase. Me dejé caer indolentemente al pié de un tronco rugoso, y podía desde allí contemplar por algunos instantes las desnudas rocas del Benisa, que sirven de muralla á este pedazo de paraíso. Hay quien asegura que todo aquel bosque no es mas que un limonero, retoñado en cien puntos á la vez. Casi lo creo, despues de haber examinado el tronco, que podíamos llamar padre. No olvideis el Algar, cuyas sombras, como las de los bosques del Eliseo, han de aparecer en el curso de mi leyenda.

Una hora pasamos en esta suavísima soledad, hora que nos pareció breve, porque nos hallábamos bien. Pero fue preciso continuar y montamos á caballo. El camino que nos condujo á Callosa de Ensarriá, aunque accidentado, es sin embargo magníficamente pintoresco. Callosa es un buen pueblo, con anchas calles, una gran plaza y agradables edificios. La iglesia sobre todo es suntuosa, con una espaciosa nave, y de excelente ornamentación. En cualquiera capital llamaría con justicia la atención del viajero. Despues de detenernos el tiempo suficiente para visitar este soberbio templo, continuamos el viaje, dispuestos á descansar y comer junto á unos riquísimos manantiales, situados entre Polop y la Nusia. Estos manantiales aparecen en el fondo de una cañada, dos piés mas abajo del camino, y allí se ha establecido una cantina, cuya propietaria se lamentaba del escaso de la contribucion industrial, que debía satisfacer. Este es un lamento general, que solo encuentra una sonrisa de desden por contestacion.

Acampamos, pues, delante de la cantina, comimos con mucho apetito y bebimos de aquella agua límpida, que sin duda desciende del Aitana.

Este descanso reanimó nuestras fuerzas y seguimos nuestro camino en direccion al castillo de Gnadalest. Cruzábamos un terreno, interrumpido por una sucesión de coli-

nas, cuyas alturas van creciendo á medida que nos aproximábamos á las faldas del imponente Aitana. Penetramos por fin en el valle de Guadalest. Estrechándose sucesivamente, ofrecía á un lado la redonda cumbre del Aitana y á otro el agudo dorso del Serrella. La naturaleza presentaba un aspecto mas solitario, aunque tapizado de verde y cubierto de magnífico arbolado y abundante vegetación. El camino serpea por las faldas de Aitana, y el sol poniente permitía á las sombras prolongar sus densos velos, que iban cubriendo rápidamente toda la estension del valle. Escuchábamos el susurro de multitud de fuentes, el gemido de las brisas y los gritos burlescos de las grullas, ave negra, del tamaño de un palomo, con el pico y los piés rojos, que volaban en muchedumbre por las altas rocas de la cumbre de Aitana. Desde la entrada en el valle se descubre el castillo del histórico Guadalest.

Figuraos un valle estrecho, cerrado por las dos elevadas sierras de Serrella y de Aitana, cruzado de Oeste á Este por un pequeño río, al que afluyen multitud de manantiales. Desde el fondo de este valle se alza abrupto un cono truncado, de ancha base y de una altura de mas de quinientos piés. Parece un gigantesco retoño, nacido de las raíces del Aitana, retoño que parece disputar su altura al gigante, que le dió el sér, pero que no alcanza sin embargo á tocar su cintura. El cono termina en una corona de rocas escarpadas sobre unos lados igualmente escarpados é inaccesibles, descarnados por unas partes y ocultos por otras con un tupido manto de hiedra. Así que se esguaza el río principia la senda, que conduce á la invisible población. Una porción de casas de pobre aspecto interrumpen en su comienzo aquella senda tortuosa y rápida, que va flanqueando el cono hasta conducirnos delante de un alto muro de rocas, cuyo pié se halla perforado. El hombre ha ayudado á la naturaleza, y ha engrandecido el agujero, trazando un arco apuntado, colocando debajo una puerta y perfeccionando la bóveda natural, que forma una estrecha galería con rocas inmensas por muros. Pasada la galería entráis en el pueblo; se parece á una mano recogida; la palma es el pueblo, los dedos las rocas que le sirven de muralla. Desde la puerta de la iglesia podeis hablar á todos los vecinos de las veinticinco ó treinta casas que se ocultan en aquel nido de halcones. Para ver el cielo, es preciso levantar la cabeza; para ver el valle es necesario subir á las rocas. Un abismo se abre á vuestros piés; estais entre el cielo y las sombras de profundos barrancos. Allí no alcanza el ruido del mundo: pasan cerca de vosotros las águilas; se anidan debajo de vosotros las palomas torcaces; el buho viene á silbar de noche sobre el tejado de vuestra casa. Es un pueblo de una situación, verdaderamente extraordinaria y original; allí estuvieron los cartagineses, los romanos, los godos, los árabes, los señores feudales y los moriscos. Cada roca tiene una historia: aquel nido de valientes ocupará un buen lugar en mi leyenda. Un terremoto acaecido en el siglo XVI desgajó una parte de aquel altísimo cono, y aun podeis observar las grandes masas que quedaron separadas de su tronco y las inmensas ruinas que han rodado al abismo.

La iglesia es buena, antigua y sombría: la fortaleza que coronaba este pueblo, que tambien era un fuerte, se halla arruinada: su cisterna sirve de carnerario y panteon á los vecinos, y las pequeñas plazas contienen las sepulturas de la noble familia de Orduña. Hace siglos que esta familia, á quien se deben hombres ilustres en las armas, en las letras y en virtudes, establecida en aquella region de las nubes, ejerce sobre el pueblo y sobre el valle una influencia, antes ca-

ballerescamente feudal y ahora patriarcal y hospitalaria. Su casa es el asilo de los pobres, el oasis del viagero, y el paraíso de los amigos, que encuentran en ella hospitalidad, cariño, buena fe, y un encanto, que os hace amar aquella soledad, tan sana por otra parte, tan deliciosa en el verano y tan sombría en el invierno.

Yo llegué después de anochecido y fui recibido por el dueño con el entusiasmo de antiguo condiscípulo y amigo, y por sus bellas y cariñosas hermanas con la amabilidad y expansiva franqueza, que constituye su carácter. D. José Ventura Orduña, actual representante de una dilatada familia, prefiriendo la soledad al bullicio de las capitales, las rocas de las montañas al ceno de nuestras sociedades, el ejercicio de la caza y de la libertad á la esclavitud de la política y del bullicio, me colmó de obsequios inmerecidos con la llaneza de un montañés, y la delicadeza de un letrado y cumplido caballero.

Cuando desperté al día siguiente, sin que un solo ruido hubiera interrumpido mi sueño, y abrí el balcón, quedé estático ante las negras rocas que tenía enfrente, á una distancia de tres metros. ¡Qué sosiego! ¡qué silencio! ¡qué soledad! ¡Ni un transeunte, ni un carruaje! la naturaleza muda con alguno que otro vecino que al pasar por debajo de mi balcón, me saludaba con el mayor respeto. Bajé á la puerta, sentéme en un banco de piedra al pié de las rocas, y no necesitaba ataviarme, para que me conocieran los aduladores. Estaba en la mas completa libertad. Era el 13 de Agosto y sentía frío. Aquel nido me pareció encantador. Vi la procesion de la Virgen; unos honrados labradores que precedían á la imagen de la Santa Madona en su glorioso tránsito; el cura, jóven, virtuosísimo, tan sencillo, como humilde, modelo de caridad y dulzura evangélica, seguía detrás cantando, acompañado por un niño labriego célebre por ser uno de los mas ligeros andarines del valle, y últimamente las señoritas de Orduña que iban llorosas, rogando á la Virgen por la salud de un hermano querido, bravo y entendido gefe de artillería, que se hallaba enfermo y que murió poco después en el mismo sitio donde se mecía su cuna. Aquella procesion tenia algo de grande, de sublime, de fantástico en la region altísima en que se verificaba en el reducido espacio de aquella extraña fortaleza.

(Se continuará.)
VICENTE BOIX.

ESTUDIOS

sobre la literatura portuguesa.

Os Lusíadas.

III.

Cese do sabio Griego, e do Troyano
as navegações grandes que fizeram;

que en canto ó peito illustre Lusitano
a quem Neptune, e Marte obedeceram.
CAMOENS.—(Estancia 3.^a Canto I.)

Como Homero y Virgilio, separándose del orden cronológico, propio de la narracion histórica, comenzaron sus poemas-modelos por punto intermedio de la accion épica, así Camoens lejos de narrar en el primer canto el principio de la expedicion, figura ya á Vasco de Gama y sus intrépidos lusitanos navegando en busca de «la cuna donde nace el día.»

«In mezzo del camin di nostra vita», pudieran los navegantes decirnos como el Dante en el primer verso del poema, pero no son ellos ni es tampoco el poeta el que directamente nos dá á conocer al héroe de su obra. Los dioses inmortales, amigos unos y enemigos

otros, de los lusitanos y de su heroica empresa, reúnen en Olímpico concilio, mientras aquellos navegan, como olvidados, por desconocidos mares. También Milton entra de lleno en la accion de su poema, presentando á Satan y sus ángeles ya caídos en el infierno y hasta mas tarde no se completa la esposicion de lo anteriormente acontecido.

Júpiter presidiendo el congreso de los dioses en que se decide del porvenir, y al ocuparse de la empresa de los lusitanos, dice en este épico primer episodio del poema:

Nas agoas tem passado o duro inverno;
A gente vem perdida, e trebalhada;
Ja parece bem feito que lhe seja
Mostrada á nova terra que deseja.

Y compadecido de ellos añade:

Que sejam, determino, agasalhados
Nesta costa Africana, como amigos.

Sin embargo Baco, el Dios conquistador que con sus egércitos armados solamente de tirsos, habia dejado eterna memoria en los pueblos orientales, se opone,

conhecendo
Que esqueceram seus feitos no Oriente,
Se la passar á Lusitana gente.
En efecto, Baco tenia oído á los hados
que viria
Una gente fortíssima de Hespanha
Pello mar alfo,

que habia de oscurecer sus glorias, y tal era sin duda aquella gente que no precisa habia de ir de Portugal, sino de España. Este y otros muchos pasajes confirman nuestra proposicion de que no es antitético á los españoles, sino sintético de españoles y portugueses, el fondo del poema de Camoens, independientemente de la lengua en que fue escrito, de lo que nos ocuparemos al tratar de la forma.

Mas dejando estas observaciones para su lugar oportuno, continuemos la ilacion del poema.

Venus, aficionada á aquella raza latina que le recuerda sus queridos romanos, se opone al parecer de Baco; y Marte, el guerrero orador del Olimpo, insta á Júpiter para que no desista de su determinacion. Por fin Mercurio, «que escude en ligereza al mismo viento,» les va á mostrar á los Lusitanos la tierra donde se informen de la India y donde se reparen de lo pasado.

Después de esto, márchanse por la via lactea los dioses en busca de su respectivo aposento, y concluye este bellissimo episodio, en que tal vez nos hemos detenido mas de lo que debiéramos, puesto que nos hemos propuesto esponer brevemente la fábula y argumento de Os LUSÍADAS completando la historia del viage.

Entre tanto,

Cortaba o mar a gente belicosa
Ja lá da banda do Austro, e de Oriente;
Entre a costa Etiópica e a famosa
Ilha de Sam Lourenço....

Y hé aquí el verdadero principio de la accion heroica de Vasco de Gama. Porque Bartolomé Diaz, en tiempo de D. Juan II, ya habia descubierto y pasado el cabo de Buena Esperanza, y llegado hasta cerca de la isla de San Lorenzo, por lo que desde ella principia el ignorado camino; por lo que al salvar este límite de lo conocido, brilla la gloria de los portugueses sin las sombras de anteriores viages y el héroe Vasco de Gama se muestra ya sin rival en su empresa,

No largo mar fazendo novas vias.

Ya pasaban el promontorio Praso en la costa de Etiopia, mostrándoles el mar en torno algunas islas, en las que no queria detenerse Vasco de Gama, por parecerle inhabitadas, cuando llegaron á recibirles extraños bates en que venian gentes no menos extrañas. A su vista, los marineros de la flota lusi-

tana trabajan con tal contento como si allí terminaran los trabajos; recojen las velas, amainan la antena y «el mar salta herido por el áncora.»

El capitán manda poner las mesas, llénanse los vasos y los tostados por el sol (*os de Faetam quemados*) inquieren é indagan de los lusitanos acerca de su procedencia y motivo de su venida, á lo que aquellos contestan que «han recorrido el mar y navegado de N. á S. toda la costa africana, enviados por un Rey, por quien cruzarian, no solo el mar, sino el infierno, y que van buscando la tierra Oriental que riega el Indo.» Preguntados á su vez los tripulantes de los bateles, contesta maliciosamente uno de ellos: «nosotros tambien somos extranjeros en estas tierras; los naturales de ellas, son gentes sin razon ni ley, pero nosotros tenemos la que enseñó el descendiente de Abraham, hijo de madre hebrea y de padre gentil,» esto es, Mahoma, hijo de Abdela y Emirna.

Añadiendo literalmente:

Esta ilha pequenha, que habitamos
He em toda esta terra certa escala
De todos os que as ondas navegamos
De Quiloa, de Mombaça, e de Sofala.
E por ser necessaria procuramos
Como proprios da terra, de habitala:
E por que tudo em fim vos notifique
Chamase a pequena ilha Moçambique.

Ofrecen á los portugueses piloto que les dirija en aquellos mares que les son desconocidos, y vuélvense los negros á sus bateles cuando «el sol cedia á su hermana el cuidado del mundo, mientras él reposaba.»

Los portugueses pasan la noche alegremente y en vela, mientras «la luna los claros rayos rielaba

pellas argenteas ondas Neptuninas»

y así que amanece, izan banderas para recibir al rey y su comitiva; dánles dulces y licor; los marineros encima de las jarcias observan á los moros que confusos les preguntan si vienen de Turquía, añadiendo que quieren ver los libros de su fe, y las armas con que pelean.

El capitán lusitano, por medio de intérprete les contesta:

«Sou da forte Europa belicosa;
Mi ley es la de aquel
...que do ceo a terra, em fim, deceo,
por sobir os mortais da terra ao ceo;

no traigo los libros escritos sino en mi alma: pero si quieres ver las armas te las mostraré como amigo; porque ¡no las quieras ver nunca como enemigo!»

En efecto, enséñales los arneses, petos, mallas, seguras láminas, pintados escudos, balas, espingardas de puro acero, arcos, aljabas, partesanas y chuzos; pero á pesar de que la historia asegura que los portugueses hicieron entonces algun disparo, el poeta figura que no hicieron fuego, porque segun él mismo dice:

«Es flaqueza entre ovejas ser león.»

O segun dice Ariosto:

indegna ne l' infermi esser feroce.

Ello no obstante, fingiéndose amigos aquellos infieles inspirados por Baco maquinan contra los cristianos; el mismo Baco toma la figura de un viejo de Mozambique, muy conocido por su saber, y muy querido del Xequé; les calumnia ante este de ladrones piratas é incendiarios, aconsejando una celada contra los lusitanos, y que si se salvan de ella, les den un piloto que les engañe.

Vasco de Gama, con los suyos, preparados y provistos de sus armas,

Que o coraçam presago nunca mente,

van á hacer aguada á aquella ribera, donde

les hostigan los moros, saltan todos los lusitanos á tierra, sin poder decir cual es el primero, acometen á aquellos, les vencen y tornan á las naves con los despojos.

Crece con ello el odio de aquellas gentes,

pero, usando del disimulo, envian un piloto, en señal de paz, á los lusitanos. Parten éstos con él sin la menor sospecha; les habla de Quiloa y hácia allá les dirigia insidiosamente, cuando Vénus, viendo como dejan el

verdadero derrotero, desvía la flota con vientos contrarios, no de otra manera que como Neptuno con Eneas, en el poema de Virgilio.

El falso piloto no desiste, sin embargo; pero, gracias á la proteccion de Vénus, la



LOS CARVAJALES.

Cuadro de Casado.

armada no puede entrar en el puerto próximo á la ciudad de Mombaza, cuyos habitantes, tambien impulsados por Baco, se fingen asimismo amigos.

Una triste reflexion moral, deducida del asunto, pone fin al canto primero del poema,

en el que hemos visto á los lusíadas partidos de Lisboa, llegar á Mozambique, pasar por Quiloa y surgir en Mombaza.

En el canto segundo los habitantes de esta última poblacion, salen á recibir á los portugueses; uno de aquellos á nombre de su rey

ruega á los lusitanos que entren en la barca y salten á tierra para reponerse, pues allí encontrarán, les dice, cuanto deseen y en especial géneros de comercio tan ricos como la canela, clavos, especiería, drogas salutíferas y lucientes pedrerías. Agradecido el capitan



RETRATO DE CESAR BORGIA.

promete que á la mañana siguiente, apenas haya luz suficiente para evitar el peligro de la entrada, hará lo que el rey le ordena, y que no egecuta desde luego por lo avanzado de la tarde. En efecto, manda dos exploradores con presentes para el rey, que, fieles á su encargo, recorren toda la ciudad, aunque sin poder ver todo lo que deseaban, á causa de la refinada reserva de los indígenas.

Que onde reina a malicia, está o receyo
Que a faz imaginar no peito alheyo.

En cambio, Baco, transformado en cristiano, figurando orar ante un altar en que se ve al Espíritu Santo en figura de paloma, logra engañar con tal apariencia á los espías, á quienes honestamente agasaja durante la noche, para mejor sostener el engaño. A la mañana, vuelven los emisarios del Rey á instar á Gama, quien en virtud de los privados informes de los exploradores, se resuelve por fin á bajar á tierra. Ya estaban levando áncoras con la acostumbrada gritaría; pero Vénus, viendo la celada en que van á precipitarse sus lusitanos, convoca inmediatamente á las nereidas que, sumisas á la voz de su reina, parten con ella levantando sobre las aguas blanca espuma con las argenteas alas. Llegan á las naves, oponen á las duras proas sus blandos pechos y con leve empuge desvian la flota de la barra enemiga.

Con la vocería de los tripulantes y la re-

sistencia de las naves, creen los moros descubierta su engañoso intento, y huyen á nado, por lo que Gama adivina el peligro corrido y el milagro que de él les ha salvado. Dirige entonces su voz al empíreo y Vénus conmovida, dejando á las ninfas, vuela hasta el sexto cielo, para hacer presente al padre de los dioses la plegaria del héroe lusitano.

No es extraño que las estrellas, el cielo, el aire, vecino y todo cuanto veía á la Diosa, agitada por causa del camino, se enamorase entonces de ella; y hasta se encendiesen los helados polos; pues bien lo espican los siguientes bellísimos versos de la descripción de Vénus:

Os crespos fios de oura se esparziam
Pello colo que a nive escurecia:
Andando as lacteas tetas lhe tremiam,
Con quem amor brincava e nam se via:
Da alva pretina flamas lhe saiam
Onde ó Menino as almas accendia:
Pellas lisas columnas lhe trepavam
Desejos, que como era se enrolavam.

Co' hum delgado cendal as partes cobre,
De quem vergonha he natural reparo
Poe nem tudo esconde, nem descobre
O veo dos roxos lírios pouco avaro.
Mas para que o desejo acenda, e dobre,
Lhe poem diante aquelle objecto raro.

Y como amante maltratada en amorosos devaneos, con cierta mezcla de placer y de

tristeza, mas mimosa que triste, dirige á Júpiter la palabra, entrecortada por sollozos, intercediendo por sus queridos lusitanos. Júpiter enternecido le seca las lágrimas, le dá un ardiente beso en la mejilla y abraza su purísimo cuello.

De modo que dali, se sò se achara,
Outro novo Cúpido se gerara. (1)

Estrechando Júpiter el rostro de Vénus, con cuyo halago le hace derramar mas lágrimas, le revela, para consolarla, los arcanos del porvenir, haciéndole varias promesas en favor de los portugueses, como en el *Parce metu* de Virgilio, las hace á favor de Eneas.

Por orden de Júpiter baja del cielo Mercurio, acompañado de la fama, porque estienda la de los lusitanos, y llega junto á Gama en el momento en que éste se entregaba al descanso, por lo que le avisa en sueños que deje aquella peligrosa tierra.

Despierta el capitán, manda dar á la vela y levantan áncoras, mientras los moros, que les cortaban traidoramente los cables, huyen des-pavoridos.

(1) No hemos querido traducir estos versos y los anteriores de la descripción de Vénus, porque no sonasen mal en los oídos de algun timorato. A nosotros nos disuena mas, que un piadoso y metafísico comentador de Camoens, D. Manuel de Faria y Sousa, pretenda probar formalmente que esa misma Vénus, no es ni mas ni menos que la Virgen Santísima.

Después de encontrar dos bateles cuyos tripulantes nada saben decir á los lusitanos sobre la India que estos buscan, llegan por fin á Melinde, cuyo rey les recibe festiva y pomposamente como pomposa y festivamente recibe la reina Dido á Eneas al fin del canto primero del poema de Virgilio.

Con sincera amistad envía el rey de Melinde á Vasco de Gama carneros y gallinas, á cuyos regalos corresponde éste enviándole escarlata y coral y un emisario portador de paces. Solemnízalas con disparos y fuegos de artificio, á que responden desde tierra haciendo un simulacro de combate, durante la noche; y á la mañana siguiente, va engalanado el rey de Melinde á visitar la flota, saliendo atentamente á recibirle Vasco de Gama, *vestido ao modo Hispano*, según dice el poeta, detallando esta entrevista con una escrupulosidad digna de las descripciones Homéricas.

Los estudiados parlamentos del rey de Melinde y el capitán lusitano son el ingenioso medio por el que el poeta logra introducir naturalmente en el desarrollo de la obra la historia entera de Portugal, y completar la narración épica con lo acontecido antes y durante el viaje, hasta el principio de la acción.

En efecto, con natural curiosidad el rey de Melinde, después de hacer al capitán varias preguntas, le interroga

pellas gentes
De toda Esperia última, onde mora;

por el origen de su reino; por las guerras y el comercio de su país, y por sus largos viajes; á lo que Vasco de Gama contesta en los cantos III, IV y V, como en los cantos II y III de la Eneida cuenta Dido á Eneas su navegación y las cosas de su patria, ó como en los libros V, VI y VII del *Paraíso perdido* relata á Adán el ángel Rafael todo lo anteriormente acontecido.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

LOS CARVAJALES.

Casado del Alisal, pintor hoy de universal reputación, manifestó su gran talento artístico en la exposición de Madrid en 1861, presentando el cuadro llamado de los Carvajales, del que se ocupó por aquella época la prensa nacional y extranjera para prodigarle los mas merecidos elogios.

Fernando IV de Castilla se hallaba accidentalmente en Martos, pueblo de la provincia de Jaén y como se hubiera dado muerte á un noble llamado Benavides, las sospechas del rey recayeron sobre los hermanos Carvajales, á los que hizo prender. En vano estos protestaron de su inocencia, el rey mandó que los encerraran vivos en una caja y que los arrojaran de la punta de una roca; orden que fue cumplida.

Pero los Carvajales antes de morir emplazaron al rey para que compareciese en el término de treinta días ante el tribunal de Dios á dar cuenta de su crimen, y treinta días eran pasados cuando el rey hallándose en Jaén algo enfermo, se acostó con la intención de reposar un poco, y fue encontrado muerto por sus servidores á la caída de la tarde; tenía á la sazón veintiocho años.

El artista ha escogido el momento de la muerte del Rey, que nos pinta aterrado ante la visión de los dos hermanos que le recuerdan el plazo de los treinta días que le habían señalado para presentarse ante el tribunal de Dios.



CESAR BORGIA.

En el palacio Borghese, en Roma, se conserva un magnífico retrato de César Borgia, atribuido á Rafael, ó por lo menos al pincel de un maestro imitador suyo; este retrato nos dá á conocer perfectamente al terrible y seductor capitán tal como debía ser por el año 1502, cuando solo tenía veinte y nueve ó treinta años.

César aparece en el retrato de estatura elevada y de elegante apostura; su frente espaciosa cuyo brillo marmóreo realzan unas cejas de ébano, y la nariz aguileña, dan á su semblante de un óvalo perfecto, una notable distinción. Sus grandes ojos negros tienen una mirada fija, penetrante y de terrible expresión, que él sabía suavizar; la barba espesa deja ver una boca cuyos labios están cerrados, como para guardar un secreto. El aire, la fiereza, el aspecto severo del Borgia, recuerdan su origen español, pues sabido es que los Borgias proceden de Játiva.

Lo que caracteriza este retrato es la expresión de una voluntad indomable, concentrada, dueña de sí misma, inflexible é impenetrable, expresión que la dulzura de la sonrisa podía disimular, pero no desvanecer. Por lo demás, cualesquiera que sean las infamias que deshonren la vida privada de César, su aspecto no revela baja alguna. «Esta belleza implacable, dice Mr. Edgardo Quinet, esta serenidad en el crimen y en el asesinato, espantan como una visión de la Italia política en el siglo XVI.»

El retrato que publicamos en nuestro número de hoy está copiado fielmente del original, que como hemos dicho existe en el palacio Borghese.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LAS PASIONES DE UN GRAN REY.

IV.

Ana de Cleves.

1540.

La situación del pueblo inglés gobernado por Enrique VIII era de las mas tristes. Este monarca, cuya ferocidad y sed de sangre iba cada día en aumento, tenía como una diversión el hacer morir á sus vasallos. El famoso *bill de sangre*, llamado así porque todas las penas que en él se imponían eran siempre la de muerte, estaba en toda su fuerza y vigor. La religión reformada por un lado, y las soñadas conspiraciones por otro, eran los dos agentes á que Enrique apelaba para que continuamente ejerciese sus funciones el verdugo de Londres. Este, según afirma un escritor de aquel tiempo, llegó á pedir que se le aumentase el sueldo por el muchísimo trabajo que tenía.

Cromwell había reemplazado á Wolsey en la dirección de los negocios. Adiestrado por tan hábil ministro del que había sido secretario y principal confidente, en los misterios de la tenebrosa política de aquel tiempo, era odiado por la nobleza y por el clero. La primera veía en él un enemigo irreconciliable, que la humillaba y deprimía cuanto le era posible, porque no podía unir ni tan siquiera simpatizar con la aristocracia, por ser su procedencia de las mas bajas. El clero odiaba en él al espoliador de los conventos, cuya secularización dirigió: los protestantes le odiaban también, porque no encontraban en su carácter egoísta, el protector que buscaban, sino un falso amigo dispuesto á venderles siempre que de ello le resultase algun provecho. Cromwell, atacado por todos los

partidos, vacilaba en su puesto. El ministro sabía muy bien que, aun teniendo el poder de su parte, eran muchos los enemigos que tenía que combatir para salir vencedor, además que tampoco estaba muy seguro del favor del rey, cuyo carácter inconsecuente le hacía variar de querida lo mismo que de ministros. En tan apurada situación, pensó que haciéndose con un protector que le sostuviese, podría arrostrarlo todo. Después de mil proyectos dió en lo que creía mas seguro, y que solo sirvió para su perdición. Enrique, entretenido en fáciles conquistas, no había pensado mas en contraer otro enlace, cuando Cromwell le puso de manifiesto una magnífica miniatura que representaba á la princesa Ana, hija segunda del duque de Cleves. Ana era fea, picada de viruelas y carecía de atractivos: el pincel de Holbein, comprado por Cromwell, había convertido á esta princesa en una encantadora beldad. El embajador inglés escribía además dando los mejores informes sobre las virtudes y talento de Ana, ponderando sus cualidades hasta el extremo de asegurar que en Alemania era conocida con el nombre de *princesa de oro*, por lo mucho que valía física y moralmente. Tan halagüeñas noticias, acabaron de vencer al irresoluto Enrique, que siendo como un niño, deseaba poseer todo aquello que se le reconocía mayor mérito ó valor. El matrimonio fue concertado. Cuando Enrique la recibió en Duvres y vió su físico tan poco agradable, exclamó: «Es una yegua flamenca.» Sin embargo, por no romper abiertamente con los luteranos de Alemania, cuya secta había abrazado con tanto calor, celebró su matrimonio el 6 de Enero de 1540. Ana de Cleves no poseía otra cualidad, que un carácter dócil y bondadoso que le hacía ser estimada de todos los que la rodeaban. Enteramente distinta á Ana Boleyn y á Juana Seymour, no sabía bailar, ni cantar, ni pintar y apenas acertaba á hablar el inglés, no entendiendo además ni una sola palabra del latín, de modo que á veces se pasaban días sin que pudiese hablar con el rey, que por otra parte procuraba estar siempre lejos de ella. Este matrimonio no llenó los deseos de Enrique, ni las aspiraciones del ministro, que encontró en Ana una reina tímida y humilde y no que impusiera su voluntad como él deseaba.

Desde entonces se dió por perdido, porque la nobleza trabajaba para derribarle, y ya pensaba retirarse, cuando el 13 de Junio de 1540 fue preso y conducido á la Torre, acusado de estar vendido á la Francia, y en 28 de Julio del mismo año, su cabeza rodaba por el patíbulo. Pocos días después reunió el rey una asamblea de ciento sesenta arzobispos, obispos y doctores, y les hizo pronunciar su divorcio.

El duque de Norfolk, tío de Ana Boleyn, y el que tanto empeño mostró en hacerla morir, sucedió á Cromwell en su elevado puesto.

Ana de Cleves se retiró primero á las posesiones que le había señalado el rey cerca de Londres, pero no creyendo su cabeza segura, con el pretexto de visitar á su familia partió á Alemania, de donde no volvió ya.

SALVADOR M. DE FÁBREGUES.

EL CABALLO BLANCO.

TRADICION

por D. Dámaso Delgado Lopez.

I.

En el año de 1499 es la época en que sucede nuestra leyenda.

Es decir, siete años después de la entrada en Granada de los Reyes Católicos, el memorable día 2 de Enero del año de gracia de 1492.

Es decir, en la época en que se hacían sentir mas los horrores de la guerra con la definitiva persecucion de los moriscos diseminados por todas partes, y cuyo principal teatro eran las montañas de las Alpujarras.

Cuando la Andalucía estaba mas revuelta que nunca con los infinitos bandos y parcialidades, y con los acontecimientos dramáticos que en cada localidad sucedían á cada instante.

Cuando todavía, á pesar del tiempo transcurrido, continuaban las rivalidades entre las nobles familias de los hermanos Aguilar Fernandez de Córdoba, por haber castigado los reyes la rebelion del alcaide de los donceles con la demolicion del castillo memorable de Montilla.

Cuando D. Alonso de Aguilar y Gonzalo de Córdoba, el primero hijo mayor y el segundo el menor de D. Diego Fernandez de Córdoba, eran ya notables guerreros, habiendo cundido su fama por todo el mundo.

En esta época, pues, y en la fecha que al principio hemos citado, suceden los acontecimientos que á relatar vamos.

II.

Era una hermosa, tranquila y apacible tarde del mes de Setiembre, con su aire suave y perfumado de cinamomos y madre selvas, su sol delicioso y resplandeciente trasponiendo por ocaso, y su quietud y su melancolía encantadora.

Dos colinas se levantan erguidas á escasa distancia, decoradas con colosales y fuertes castillos en las campiñas de Córdoba.

Son los castillos de Aguilar y de Montilla.

En esta última villa existían por los años ya dichos, dos hermanas asombrosamente hermosas, que tenían entre el vulgo alto renombre de hechiceras.

Su morada, situada en la calle de los Candiles, hoy de Santa Catalina, á espaldas del convento de San Juan de Dios de dicha villa, era por demás modesta en su apariencia; pero en el interior estaba lujosamente adornada, y resplandecía de preciosidades y riquezas.

Magníficos y lujosos salones, y confortables y regios gabinetes, de damasco verde y terciopelo grana adornados, con mesas de garras de leones por pié, barnizadas de oro, colgaduras y riquísimas alfombras y lámparas, candelabros y relojes de oro y plata, eran la espléndida y misteriosa ostentacion de aquellas dos hermanas soberanamente hermosas.

De unos treinta años próximamente, aunque no representaban sino veinte escasos, y con negra y abundante cabellera sirviendo de marco á su blanco y pálido semblante, resplandecían sus ojos sombriamente negros y ligeramente dormidos, revelando un carácter indomable de superioridad, con el vago tinte del doloroso recuerdo de inmensas desgracias.

Gemelas las hermanas, eran exactamente parecidas, aunque se distinguían alguna cosa despues de tratarlas, al ver en la una mayor dureza de carácter que en la otra.

La mas fuerte se llamaba Isabel y la otra Inés.

Una anciana y dos doncellas les acompañaban, y un viejo y un joven de musculatura atlética y robusta; y todos, todos, decididos adoradores de sus señoras.

III.

Acaba de oscurecer, y las dos jóvenes Isabel é Inés se encuentran sentadas leyendo en un cuartito inmediato al jardín, cuando se presentó el joven, que ya hemos dicho les servía, llamado Andrés, pidiendo permiso anticipadamente.

—Una señora encubierta desea hablaros, les dijo humildemente.

—¿Ha dicho su nombre? contestó Isabel.

—No señora.

—¿Viene sola?

—Dos hombres la acompañan.

—¿Y qué desea?

—Hablarnos para un asunto de grande interés.

—Decid que entre; pero sola.

Andrés salió de la estancia en seguida, volviendo á saludar.

Isabel é Inés salieron tambien del cuartito donde se hallaban, y se aposentaron en una sala de modesta apariencia inmediata á la puerta de la calle.

Pocos instantes despues entraba en aquella estancia una señora encubierta de piés á cabeza con un gran manto de seda negro.

Un silencioso saludo dirigió á ambas jóvenes, y en seguida Isabel le invitó á tomar asiento.

La encubierta dama se sentó silenciosa. —¿Qué se os ofrece en esta casa? le volvió á decir Isabel.

—Pediros un favor, murmuró tímidamente la dama.

—Hablad sin miedo; se os complacerá si es posible.

—¿Sois como me han dicho....

—Hechiceras, ¿no es verdad? decidlo sin reparo.

—No me hubiera atrevido jamás....

—Os suplico no tengais inconveniente alguno en decirlo, pues hasta cierto punto es verdad.

La dama continuaba encubierta, pero empuzándose á tranquilizar, dijo.

—¿Y qué podeis hacer?

—Todo cuanto querais.

—¿Podeis mandar en el alma?

—Sí.

—¿Y disponer de los afectos de las personas?

—Eso os podeis contestároslo vos misma.

—¿Cómo? dijo sorprendida la encubierta.

—Explicándoos lo que á vos os pasa: oid.

Hace mucho tiempo que deseais venir á esta casa, para buscar la resolucion de una cosa, en que cifrais todo vuestro empeño, y hace mucho tiempo habeis estado luchando con vos misma sobre si debiais ó no venir ¿no es verdad?

—Verdad, repuso admirada la encubierta.

—Continuo, dijo Isabel: hoy, por fin, os habeis decidido, y aun á la puerta, y antes de llegar á la puerta de esta casa, habeis pensado volveros multitud de veces; sin embargo habeis pasado sus umbrales, por un arranque nervioso, y habeis tenido un miedo espantoso y habeis renegado de vuestro atrevimiento. Si os hubiera sido posible ya retroceder hubierais escapado.

—Verdad, verdad, volvió á repetir la dama encubierta.

—Al entrar en esta habitacion, continuó Isabel, habeis pensado que os moririais de terror, y sin embargo, en este momento me atrevo á asegurar que si no sentis aprecio por nosotras pobres mugeres, al menos teneis una ciega confianza.

—Cierto, ciertísimo, repuso la dama, puesto que estoy tan tranquila como en mi casa, aunque muy sorprendida de vuestra inmensa penetracion.

—Eso no es nada, cualquiera lo hubiera conocido en vuestra voz algo temblorosa.

En este momento y con la vénia de costumbre volvió á aparecer Andrés llevando una carta en una bandeja de oro, que entregó á su señora Isabel, saliendo en seguida sin esperar respuesta alguna.

Isabel pidió permiso y leyó la carta, que contenía estas palabras:

«Esa dama es de Aguilar, y se llama Doña Juana Henriquez de Mollinedo.»

Isabel, concluida la lectura, guardó el billete en el bolsillo.

(Se continuará.)

A LOS VASCONGADOS,

con motivo de la visita de S. M. la Reina

DOÑA ISABEL II

y su augusta familia.

ROMANCE.

I.

Noble pueblo vascongado
Que hoy gozoso te engalanas
Y llenas el fértil valle
Coronando tus montañas.
Pueblo altivo, noble pueblo,
Bate con júbilo palmas,
Y al són de tus tambores
Celebra vistosas danzas.
Cubre tu suelo de flores,
Arcos de triunfo levanta,
Quema castillos de fuego,
Echa á vuelo tus campanas.
Ilumina tus ciudades
Y tus bosques de esmeraldas;
Bulle, egítate, demuestra
El placer y honor que alcanzas.
Alza un grito, solo un grito
De esos que salen del alma
Y di llenó de entusiasmo
¡Viva la Reina de España!

II.

Por tus fáciles caminos
Egria matrona pasa:
Es ISABEL la benéfica;
Es ISABEL la magnánima.
La que por dar á sus pueblos
Pan, si acaso el pan les falta,
De su espléndida corona
Los diamantes desengasta.
En su rostro resplandece
El amor que al pueblo guarda;
Su corazon es el nido
De la caridad cristiana.
Ella protege las ciencias,
Ella las artes ensalza;
Ella ofensas recibidas
Con dulces bondades paga.
Por eso su nombre augusto
Cariño y respeto alcanza;
Que no hay superior grandeza
A la grandeza del alma.

III.

Hoy que fieros huracanes
Torpes pasiones desatan
Y el encono y la calumnia
Sus dientes en todo clavan,
Tal vez habrá quien moteje
De serviles ó bastardas,
Frases que tan solo encierran
Aspiraciones hidalgas.
Mas, ¿qué importa? nunca el lábio
Presté á la lisonja insana;
Jamás adulé á mis reyes;
Jamás corrompí á las masas.
Sin ambicion, sin temores,
Soy de Isabel entusiasta,
Porque Isabel es emblema
De las glorias de mi patria.
Vosotros los alaveses,
Vosotros los de Vizcaya,
Vosotros los de Guipúzcoa
Cuya lealtad es probada.
Tambien esclamaís conmigo
Sin lisonja cortesana:
¡Viva Isabel la benéfica!
¡Viva Isabel la magnánima!

IV.

Siempre fueron con orgullo
Las provincias Vascongadas
Una y tres en sus afectos,
Una y tres en ser hermanas.
Sedlo tambien desde ahora
Para amar, cual ser amada
Merece, á la buena Reina
Que hoy pisa vuestras comarcas.
Si alguna vez en Europa
Las tempestades estallan
Y conmueven los imperios
Y los tronos amenazan,
Vosotros, que cénitelas
Sois de las puertas de España,
No permitais que el torrente
Devastador nos invada.

Las cadenas de otros tiempos
Ya Isabel trocó en guirnalda,
Nadie pierde por quererla
Libertades sacrosantas.
Tejed, pues, para su frente
Cien coronas laureadas.
Si lo merece por reina
Mas lo merece por dama.

V.

Corre, acude, pueblo altivo;
Echa á vuelo tus campanas,
Triunfales arcos eleva,
Celebra vistosas danzas.
Tus ciudades ilumina,
Y en tus queridas montañas
Fieles repitan los ecos
¡Viva Isabel la magnámina!

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

Madrid 11 Agosto 1865.

NUESTRO AMOR.

A

D... A...

¿Quieres que al blando rumor
Con que suspiran las auras
Entre espliegos y centauros
Te cuente un símil de amor?...
¿Me escuchas atenta?

—Sí.

—¿Te placen mis cuentos?

—Mucho.

—Seré breve.

—Ya te escucho.

—Pues comienzo, hermosa:

—Di.

—En el centro de un erial
Vi una fuente cristalina
Y al pie hallé de una colina
Entre piedras otra igual.

De la dicha ambas en pos
Sin sosiego caminaban,
Porque sin duda abrigaban
El mismo anhelo las dos:

Y así avanzan al confin
De la vega sin descanso
Hasta llegar á un remanso
Donde se encuentran al fin.

Al pie allí de un abedul
Ambas su inquietud bosquejan
Y un cielo unidas reflejan
De hermoso y límpido azul.

Aunadas cada vez mas
Emprenden nuevo camino;
Que es ya ley de su destino,
No abandonarse jamás.

Y ora yacen con placer
En calles de mirto y rosas
Y ora corren procelosas
Estrellándose al correr.

De este modo, y sin cesar
En su marcha las dos fuentes,
Diz que juntas sus corrientes
Llevan gozosas al mar.

Porque es íntima su union,
Efecto de amor profundo,
Y nunca, nunca en el mundo
Podrán hacerse traicion.

El símil concluye aquí;
¿Lo entendiste?

—Es evidente.

—¿Opinas tú que fielmente
Se nos parece?...
—Sí, sí.

JOSÉ R. GARNELO.

CAPRICHOS DEL SENTIMIENTO.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

(Continuación.)

—Oigame V. antes. Aunque le trato poco
tiempo, me vanaglorio de conocerle. V. posee
cualidades inmejorables, y sobre todas una que

es para mí la de mas precio; un corazon sensible
y generoso.... V. ama con un amor poco com-
un en nuestros dias y merece ver recompen-
sado su cariño por una persona capaz de
amarle con igual frenesí.... yo, por doloroso
que me sea confesarlo, debo decirle, que no
puedo darle el amor que V. necesita, porque
mi corazon indócil no escuchando la voz de la
razon, y contra mi voluntad, se ha desbordado
en el torrente de otro amor que ahogará mi
vida.

—¿V. ama y ama á otro!....

—No crea V. que es una pobre excusa para
decirle que no le correspondo, no; seré su es-
posa si V. quiere, ya lo he dicho, pero si ma-
ñana no encuentra V. en mí el amor que V.
tiene derecho á exigir; si me vé V. triste y es-
posa, fiel, pero desamorada, no dirá V. que le
he engañado, sino que V. comprenderá que no
mando en mi corazon, que mi voluntad es im-
potente, que mi corazon carece de fuerza.
¡Téngame V. lástima, señor Conde, porque no
le amo, que yo á mi misma me la tengo!

—Amparo, su noble franqueza me destroza
el alma, y en vez de apagar engrandece la
hoguera de mi amor.

—He nacido muy desgraciada: he conocido
á V. muy tarde... cuando á mi pesar ya todos
mis pensamientos revoloteaban sobre otro sér
como las mariposas sobre una flor.

—Dichoso una y mil veces el feliz mortal
cuyo amor se ha confundido con el de V. como
dos perfumes que se juntan.

—No, no... yo amo á quien no conoce mi
amor, á quien no me ama.

—Igual es nuestro infortunio.

—Amo á un hombre que está sirviendo de
juguete á una muger sin corazon, á un hom-
bre que ignora mi amor, á un hombre al que
nunca me uniré y... he preferido dar á
V. esta funestísima noticia á engañarle; porque
el que engaña es un infame, y la infamia en
la muger aun me parece mas repugnante que
en el hombre. No sé fingir; no sé tener mira-
das amorosas en los ojos, sonrisas apasionadas
en los labios é indiferencia en el corazon...
no sé traficar con los sentimientos. Sr. Conde,
no puedo ofrecerle el arrebatado cariño de la
esposa, pero puedo ofrecerle la ternura apaci-
ble de la hermana; no puedo hacerle feliz,
pero no le haré derramar ni una sola lágrima:
si así acepta V. mi mano seré suya... pero
si lloro algunas veces, si otras me vé V. dis-
traída ó en éstasis prolongados, no me pre-
gunte V. el motivo; será que estaré rezando
la oracion fúnebre sobre el sepulcro de mi ma-
logrado amor.

Después de una larga pausa, el Conde
haciendo un penoso esfuerzo sobre sí mismo,
esclamó con voz sollozante y entrecortada.

—Amparo... renuncio al amor de Vd.... á
mi sueño de oro.... á la única esperanza de
mi vida....

Y dos lágrimas saltaron de sus ojos ro-
dando por sus mejillas pálidas.

Amparo lloraba tambien.

El Conde cogió el sombrero, dirigió á
Amparo una mirada, melancólica, suprema,
indefinible, y dándole un «adios eterno» huyó
precipitadamente de la habitacion.

Ese «adios» era la despedida que daba á
su felicidad.

Al oír el «adios» del Conde, Amparo lloró
por él.

Era un desgraciado.

Amparo sentía una especie de remordi-
miento de haberle dicho la verdad.

Era un ángel.

XIV.

La desvergonzada franqueza de Elvira.

—¿Me han dicho que tienes relaciones con
el hijo del Cónsul?

—Mauricio, es verdad.

—¿Y no me lo niegas!...

—¿Por qué si es cierto? La verdad siempre
se debe decir. Conozco que ya no siento por
ti el amor que antes sentía y...

—¿Es decir, que me has engañado!

—Eso no; y la prueba es que desde que no
te amo, te lo confieso; no puedo ser mas es-
plícita ni mas franca.

—Elvira, eres una infame...

—No me insultes...

—No te insulto; la verdad siempre se debe
decir. Tú nunca me has querido: sé que estás
acostumbrada á jugar con los corazones de los
hombres, como los niños con sus juguetes, y
te diviertes en romperlos, lo mismo que los
niños. Has destrozado el mio que te amaba, y
con vergüenza lo confieso, aun te ama...

—¿Te avergüenzas de haberme querido!

—Sí; si te hubiera visto sin máscara, en vez
de amor me hubieras causado repugnancia,
pero eres maestra en fingir, tienes hermoso
físico y feo moral, buen rostro y mal corazon;
eres en fin un magnífico prospecto de una
obra detestable.

—¡Mauricio!! Lo mejor es tomarlo á risa:
ja, ja, ja.

—Ríete de mi candidez, de mi amor...
Ríete, lo merezco... Ríete. Te he servido de
bufon, he sido un imbécil.

—Ja, ja, ja, ja...

La risa violenta de Elvira aumentaba la
cólera creciente de Mauricio, el que esclamó:

—Ríete, que no tardarás mucho en llorar.
Las mugeres como tú, en el pecado llevan la
penitencia... tu coquetismo te perderá. Ha-
de llegar un día en que asciendas al pinácu-
lo del descrédito y los hombres se reirán de
ti como tú te has reído de ellos: llegará un
día en que seas la fábula de la ciudad, y no
encontrarás un hombre que te quiera, porque
tu coquetismo habrá llegado á ser vulgar
proverbio, y te condenará el mas infalible de
los tribunales que juzga á las mugeres, el
de la opinion pública. Este me vengará de ti:
Elvira, hasta nunca.

Diciendo esto, Mauricio salió furioso de la
habitacion.

Era un amante inicuamente engañado.

Elvira quedó riendo de la cólera tan jus-
tificada de Mauricio.

Era una infame.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NÚMERO ANTERIOR.

En la cumbre, madre,
tal aire me dió,
que el amor que tenía
aire se volvió.

Madre, allá en la cumbre
de la gentileza
miré una belleza
fuera de costumbre,
cuya pura lumbre
ciega me dejó,
que el amor que tenía
aire se volvió.

Dulce ausente mio,
no te alejes tanto,
mueva ya mi llanto
ese pecho frio:
mas ¡ay! que un desvío
tal pena me dió
que el amor que tenía
aire se volvió.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.